

## LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA SIGNIFICACIÓN: EL ESTALLIDO DE LA LÓGICA Y LA LÓGICA DE LA SUBJETIVIDAD

*Federico Ferme*

*Universidad de Buenos Aires (Argentina)*

*fedferme@fibertel.com.ar*

### Resumen

Este trabajo forma parte del Proyecto UBACyT S092 "Sujeto y subjetividad en la constitución de las prácticas". En él abordaremos algunas cuestiones vinculadas a la emergencia de la subjetividad singular, para buscar allí formas de comunicación y procesos de génesis del sentido de carácter pre-verbal y constitutivos de aquella. Por tal motivo indagamos brevemente en las relaciones entre subjetividad, significación y lenguaje, en función de encontrar sus particularidades, muchas veces pasadas por alto. A su vez el objetivo de este trabajo es elucidar ciertas relaciones entre la subjetividad y la lógica como supuestamente inherente a la existencia y su ligazón a la idea de conflicto como contradicción y su origen intersubjetivo.

Palabras clave: Subjetividad - significación - lenguaje - contradicción.

### Lenguaje y subjetividad: la construcción social de la significación

Lo que intentaremos realizar en esta comunicación es centrarnos en uno de los términos que encabezan este trabajo y que creemos que merece tratamiento especial, por diversos motivos. En primer lugar por los vínculos que podrían establecerse con el resto de los componentes que aquel engloba, sin que esto suponga relaciones de causalidad, ni mucho menos. Por otro lado, y tal vez más importante, en función de intentar indagar sobre un terreno que parecería haber sido dejado de lado por las consideraciones teóricas actuales, más por una cuestión de supuesta especificidad disciplinar que por la falta de pertinencia del fenómeno, y que nos permitiría ampliar aunque sea a tientas y en forma tamizada, el campo de problemas de la comunicación.

En principio, parecería haber una inherencia indiscutible entre la subjetividad, el lenguaje y las significaciones sociales, como si se tratara de las diferentes caras de un mismo fenómeno. Sin embargo nos apercebimos de que son términos que se engloban y a la vez exceden unos a otros. Bien podríamos afirmar que la subjetividad se constituye a partir de un conjunto de significaciones sociales y que el lenguaje participa de aquella institución, como un producto histórico-social. Pero aun así el lenguaje no puede ni podría agotar ese mundo de significaciones, que siempre lo rebasa, ya sea abriéndole nuevas posibilidades, como lo notamos tanto en la poesía como en la filosofía, sino también a partir de prácticas que responden a aquellas significaciones y que no por ello tienen su correlato lingüístico. De manera tal que ya establecemos una distinción entre significación y lenguaje que habremos de retomar más adelante. Lo propio puede decirse de la subjetividad, que si bien, resulta de un proceso de formación histórico, como podría afirmar Michel Foucault, no por ello se reduce únicamente a él ni se circunscribe de forma tajante al orden social si lo tomamos como producción exclusiva de contenidos, es decir como orden de la cultura. Esto merece ciertas consideraciones que no deben ser tomadas como objeciones. No negamos el carácter histórico-social de la subjetividad, pero creemos necesario acercarnos a ella en su dimensión singular o psique-somática, según la denominación que realiza Cornelius Castoriadis. Es sabido el carácter de irreductibilidad que le da a estas dos dimensiones, pero aun así, las condiciones de la constitución subjetiva singular deben ser puestas bajo tratamiento teórico. Incluso la interpretación que el mismo Castoriadis hace de ellas tendría que ser revisada críticamente con el fin de encontrar más puentes que discontinuidades entre un orden y otro. Comprendemos que según su perspectiva una psique no pueda crear nada social por sí misma ni que una sociedad pueda producir una psique. Pero esto no debe ser aceptado sin reparos. De hacerlo estaríamos afirmando ciertas cuestiones con las que no acordamos, y que quisiéramos retomar.

Por este motivo nos centraremos en la emergencia de la subjetividad singular o psicogénesis, para encontrar en ella otras formas de pensar la comunicación y los procesos de génesis del sentido, presentes en forma constitutiva en ese surgimiento. De tal manera que ya no podamos oponer tan fuertemente a la psique y a la sociedad, sino más bien indagar las condiciones que de una se hacen presentes en la otra. Y para ello se hará necesario echar mano de algunas cuestiones que se muestran como exclusivas de la psicología. Pero que en tanto nos permiten echar luz sobre la subjetividad en su estado originario y dar cuenta de aquellas formas de comunicación que anunciamos anteriormente, pierden su pretendida oposición con respecto al campo de desempeño de las ciencias sociales, y de alguna manera se vuelven parte de ellas.

## La ruptura con el viviente

Castoriadis define al viviente como un ser *para-sí*, lo mismo hace con la psique e incluso con la sociedad. El *para-sí* se caracterizaría fundamentalmente por la constitución de un mundo propio; por su conservación y reproducción. En el caso del viviente este mundo construido para sí se correspondería directamente, a partir del modo en que los elementos exteriores son formados o informados, con su propia organización. Se muestra entre ese mundo y el viviente una continuidad. Así, *"la relativa permanencia (duración) del ser vivo presupone e implica la relativa estabilidad de ciertas relaciones con el mundo"* (1), de tal forma que esa relación depende de la posibilidad de establecer separaciones y clasificaciones de los elementos informados. Vale decir que la presentación del mundo para el ser viviente, la relación entre estas formas que crea para sí, presupone una organización de carácter lógico en tanto no es posible sobrevivir por fuera de ella. En efecto, debe poder establecer relaciones entre los elementos que distingue y, a su vez, afectarlos y valorarlos con el único fin de iniciar acciones determinadas en relación con ellos. Huirá del peligro o lo evitará, y buscará el alimento y a las hembras de su especie en los períodos de reproducción. Si bien no nos incumbe aquí discutir si esa organización del mundo de hecho lo agota, podemos afirmar con Castoriadis que por lo menos ciertos estratos del ser son lo suficientemente organizables como para que pueda vivirse en él. Recordamos en esto el ejemplo que Kant da acerca de la ley empírica que regiría la sucesión de los fenómenos: *"si el cinabrio fuera unas veces rojo y otras negro, unas veces ligero y otras pesado (...) entonces mi imaginación no tendría oportunidad de llevar al pensamiento el cinabrio pesado ante la representación del color rojo"* (2). Lo que nos interesa es esta forma de organización lógica que el viviente le da a su mundo, que por lo pronto se presta en sus diversos estratos a dicha organización, y sin la cual, aquel principio de conservación y reproducción sería imposible. *"Lo esencial de la organización que impone el ser vivo a ese estrato es conjuntista identitario"* (3), se presta a operaciones de separación y reunión, a construcción de clases y conjuntos.

Ahora bien, el viviente se apoya en un estrato del ser organizable. Crea formas y las relaciona constituyendo para sí un mundo propio, que deberá ser, a su vez un mundo propio de la especie. A esos límites hace referencia la idea de *cerco* de la que habla Francisco Varela, ya que, hay que decirlo, en el simple viviente *"esta creación tiene lugar (...) de una vez por todas"* (4) y bajo la coacción de la funcionalidad. La formación del mundo en estos casos respondería a una selectividad fijada por los montajes biológicos, para los cuales sólo habría, por así llamarlo, un único mundo posible. Desde ya que no veremos seres herbívoros alimentándose de carroña ni machos y hembras reproduciéndose por placer y fuera de período. Ni la carroña forma parte del mundo del herbívoro, por lo menos como alimento; ni el placer es condición de apareamiento para machos y hembras en el reino animal. Son indiferentes a ellos.

Luego de este pequeño recorrido focalicemos en el ser humano y en su especificidad esencial con respecto al resto de los vivientes. Podemos afirmar sin dudas que el hombre es el único animal con capacidades tales como para atravesar aquel cerco que circunscribe el mundo propio a la organización de los montajes funcionales de la especie. Si bien esto parecería evidente es preciso remarcarlo y describir algunas consecuencias importantes para la indagación de la génesis subjetiva. Acordamos con Castoriadis y afirmamos que el ser humano se distingue del simple viviente por la radical desfuncionalización de sus procesos psíquicos con respecto a un sustrato biológico. La vida anímica se presta a otras relaciones con aquellos montajes funcionales que contagiaban al mundo con su propia organización en el orden del viviente. La imaginación se vuelve así radical, por esta misma ruptura, por la capacidad de presentar formas y figuras sin relación con las "necesidades vitales"; como flujo incesante de representaciones, afectos e intenciones, aparentemente desligado de cualquier finalidad asignable. La psique como imaginación creadora supone una radicalidad ontológica con respecto a la organización del viviente: *"con la aparición del ser humano tiene lugar una ruptura en la evolución psíquica del mundo animal"* (5). Se trata, por consiguiente, de un verdadero "estallido" de la lógica de organización propia y del mundo que surge de ella, de la que venimos haciendo mención. ¿Pero se trata de una ruptura con un tipo de lógica o con la lógica como organización de la existencia? Y de aquí puede desprenderse otra pregunta pues en tanto el ser humano rompa con la lógica del viviente ¿cómo se podría seguir hablando de *para-sí* como autofinalidad, como autoconservación? ¿Qué se estaría conservando si no hay relación de determinación entre las funciones vitales y la psique como imaginación radical?

## La emergencia subjetiva y la lógica propia

Plantear una desfuncionalización de la psique podría implicar a primera vista la posibilidad de un relativismo total de los procesos anímicos. De ser así cualquier cosa valdría lo mismo. Lo que en un momento sería perseguido en el instante inmediatamente posterior podría ser abandonado, y así constantemente. Lo mismo podría decirse de la ausencia de contradicción como se afirma del inconsciente, es decir como posibilidad de coexistencia en un mismo espacio y tiempo de dos sentidos contrapuestos. Pero según anunciamos la lógica es, de alguna manera, la condición de la existencia. De lo contrario se volvería imposible la tarea de creación de un mundo propio, de separación y reunión de elementos que permitan la búsqueda o evitación de aquello que es

valorado positiva o negativamente. La vida anímica resultaría imposible sin algún tipo de lógica. La pregunta recae entonces sobre el origen de la valoración del sentido psíquico, es decir, sobre la cualidad del afecto que acompaña a las representaciones.

Vale aclarar, luego de esto, que la desfuncionalización supone una autonomía con respecto a los montajes biológicos, pero mantiene la idea de autoconservación, que no debe ser circunscripta al orden del mantenimiento de la vida. La autoconservación, como el *Conatus* spinoziano, es el esfuerzo por permanecer en el propio ser; habrá que elucidar cuál es ese ser en el que la subjetividad lucha por mantenerse.

En vano se intentó hacer pasar la autoconservación por pulsión en la primera teoría psicoanalítica. Freud pensaba en ese entonces que la funcionalidad vital era una de las dos fuerzas participantes en el conflicto psíquico. Más adelante abandonó esta idea e integró la funcionalidad al Eros, como pulsión de vida. Es decir que la conservación de la vida biológica deja de ser una finalidad en el orden de la subjetividad, por lo menos en estado puro, como algo inmanente a su constitución. No es el mantenimiento de la vida lo que estaría por detrás de los procesos anímicos, ni de la creación y circulación del sentido del que se componen. De la misma forma, la idea de pulsión como orden delegante de la representación en la psique remite directamente a un sustrato biológico en el que tendría su fuente. Por consiguiente la psique como emergencia de representaciones, afectos e intenciones, como flujo de sentido, sería considerada en la teoría psicoanalítica como una delegada pulsional, es decir, como un orden epifenoménico con relación a un empuje constante originariamente somático. La fuente interna de la pulsión, ligada al cuerpo como soporte de diversas zonas erógenas, haría posible pensar, como se lo ha hecho, en una subjetividad que nace centrada sobre sí misma; en una subjetividad en un principio solipsista y monádica, tal como lo hace Castoriadis. Y esta concepción de la emergencia subjetiva haría del sentido, de su constitución y creación, algo pura y exclusivamente individual. Como si el sentido en su nacimiento nada tuviera ver con la relación con el otro.

Pero la desfuncionalización del orden representacional y deseante de la psique es en términos hegelianos la negación de la animalidad y la constitución de la subjetividad como propiamente humana. W. Hegel afirma que *"para que haya Autoconciencia es necesario que el deseo se fije sobre un objeto no-natural, sobre alguna cosa que supere la realidad dada. Más la única cosa que supera eso real dado es el Deseo mismo"* (6), y agrega más adelante, *"el deseo antropógeno difiere pues del deseo animal (...) por el hecho de que se dirige no hacia un objeto real, "positivo", dado, sino sobre otro Deseo"* (7). No habría verdadero deseo de objeto como puede plantearlo el psicoanálisis, ya que si el deseo humano se dirige a otros deseos; si no es un mero objeto del mundo lo que toma como deseable, sino más bien el deseo del otro, entonces la emergencia de la psique considerada en estos términos nace ligada al otro, y la subjetividad es originalmente intersubjetiva. Si recordamos el planteo hegeliano veremos que el devenir hombre se produce por medio de la puesta en riesgo de la propia vida, a través de la búsqueda del reconocimiento del otro como valor supremo. Es decir que se privilegia el ser deseado por el otro, incluso, por sobre la propia vida biológica. La búsqueda y mantenimiento del reconocimiento del otro se vuelve de esta forma aquel fundamento que, como una matriz, operaría originalmente en el despliegue representacional de la psique. Aquello mediante lo cual la subjetividad manifestaría su existencia como ser *para-sí* y que contendría ya como dentro suya un *para-el-otro* y un *el-otro-para-mí*. De manera que el perseverar en el propio ser de la autofinalidad de la subjetividad supone un ser ya lanzado hacia el otro e intentando ser reconocido por él.

La emergencia de la subjetividad se produce en el contacto con el otro. Por lo tanto, su sentido no nace al interior de sí y de forma autocentrada, para luego encontrarse con el otro y sus propios sentidos, sino que es creado intersubjetivamente. La subjetividad no es una conciencia constituyente que crea al mundo y al otro. Muy por el contrario, la referencia originaria al deseo ajeno vuelve a la existencia conflictiva, en tanto que aquel puede sustraerse a mis deseos e intenciones, y yo a las de él. Si nos remitimos a la relación entre el niño y la madre podremos ver que el pecho puede negársele al niño que lo desea, y así hacerlo sentir no reconocido, no amado, o por el contrario, y vale decirlo, el niño puede negársele al pecho que lo atosiga con su presencia constante, volviéndose ya no deseable para él y generando con su rechazo un conflicto en la madre. El deseo del otro que acuerde con el deseo propio será afectado, investido, positivamente, de manera que los sentidos que vayan construyendo el mundo propio del niño obtengan su valoración de esa relación intersubjetiva. El sentido, por consiguiente, tiene un carácter originalmente afectivo por cuanto deja ver no sólo las intenciones propias sino las del otro hacia uno mismo. Y es esta referencia hacia algo que finalmente el sujeto no controla lo que vuelve a los sentidos contradictorios. El deseo tiende al deseo del otro, pero en tanto aquel es un sujeto, su deseo le es propio y no algo que yo pueda constituir. La contradicción, así, no es algo que se genera y desarrolla exclusivamente al interior del sujeto, no es una lucha entre pulsiones que se oponen, se trata más bien de la coexistencia interior de sentidos contrarios que tienen origen en los comportamientos del otro. La contradicción como exclusión de sentidos opuestos que veíamos estallada en relación con la lógica del simple viviente, proviene, en el orden de la subjetividad, de la interiorización de la relación con el otro. La idea de fantasmización trabajada en psicoanálisis como puesta en juego de un sentido relacionado con el otro hace hincapié en esto, y podría decirse que es el ejemplo mismo de la emergencia subjetiva. Así, la subjetividad es una relación con el sentido que nace a partir de los vínculos con el prójimo, sentidos que se presentan como

contrarios y que deben ser ordenados de alguna manera, ya que como se ha señalado, es imposible vivir en la contradicción. Para ello se hablará de alucinación primitiva como modo de negación de ciertos aspectos del mundo externo. En particular, el niño alucinará con el pecho en tanto éste no esté presente. Se modificará en la fantasía algo del deseo del otro según el deseo propio. Se separan los aspectos positivos de los negativos con relación a los sentidos surgidos de aquella relación intersubjetiva, incluso hasta el punto de desdoblar al otro en bueno y malo como lo hace Melanie Klein con relación al pecho que satisface y al pecho que frustra, e impedir de esta manera su coexistencia, contradictoria, en uno sólo. Esto es posible ya que la imaginación tiene la capacidad de separar y reunir entre sus facultades, así lo afirma Castoriadis refiriéndose al *Tratado del Alma* de Aristóteles: "por consiguiente, fantasma e imaginación son lo que permiten la separación y también la composición, es decir, la síntesis (...) Análisis y síntesis, abstracción y construcción presuponen la imaginación" (8). La separación y reunión que realiza la imaginación están en la base de la resolución de la contradicción, que como vemos no pertenece exclusivamente al lenguaje como orden en el que las significaciones contrarias se excluyen. Es decir que la palabra permitiría la superación de la contradicción en tanto esta última queda excluida por principio. Sin embargo, en un estado originario previo a la adquisición del lenguaje, aún puede pensarse esta idea de superación de la coexistencia de sentidos contrarios que no impliquen una modificación al interior del sujeto, como decíamos acerca de la alucinación. Nos referimos a la acción sobre el otro a través de formas de comunicación pre-verbales que irán construyendo las condiciones para la conformación de un código, que no las preexiste. Pensemos en el llanto del niño como respuesta a una situación en la que el otro está comprometido pero que no corresponde con lo que de él se espera, y que llega a generar, a través de esta acción, una modificación en sus comportamientos. Así, la probada eficacia de ciertas acciones significativas, por los resultados que se obtiene con ellas, le permitirán al niño crear una serie de disponibilidades, de recursos significativos, como condiciones para su relación con el mundo. Un niño que llora al ser cargado por su padre y que ante ello es devuelto a los brazos de su madre es un fenómeno de comunicación con una pureza envidiable hasta por el más experto de los comunicadores. El llanto deja de ser una reacción natural ante el hambre o el dolor y se vuelve el gesto de una subjetividad, la encarnación de una intencionalidad significativa dirigida hacia el otro, que se recorta, a su vez, de la significatividad de los actos de aquel. De manera tal que podemos hablar de una génesis social del sentido de condición pre-verbal como fenómeno inherente a la constitución subjetiva y que no se remite a las significaciones que conforman el mundo histórico-social de la época. Hay sentido social anterior a la adquisición del lenguaje, anterior incluso a la socialización, como interiorización de las significaciones socialmente compartidas. Hay fenómenos comunicacionales que deben ser estudiados y que no responden directamente a los órdenes de la cultura, sino que se encuentran en el fundamento de su adquisición e institución. Por consiguiente, el análisis de las condiciones de la emergencia subjetiva no debe ser una cuestión exclusiva de la psicología, más bien, por sus características, debe ser un campo a problematizar desde las ciencias sociales y particularmente desde las ciencias de la comunicación.

## Notas

- (1) Castoriadis, C. "Alcance ontológico de la historia de la ciencia", en *Los dominios del hombre*; Barcelona, Gedisa, 1998. Pág. 224.
- (2) Kant, I. "Deducción de los conceptos puros del entendimiento", en *Crítica de la razón pura*.
- (3) Castoriadis, C. Op. Cit. Pág. 226.
- (4) Op., Cit. Pág. 228.
- (5) Castoriadis, C. "Imaginación, imaginario, reflexión", en Hecho y por hacer, Bs. As., Eudeba, 1998. Pág. 307.
- (6) Kojéve, A. La Dialéctica del Amo y del Esclavo en Hegel, Bs. As., Ediciones Fausto, 1998. Pág. 12.
- (7) Op. Cit., Pág. 13.
- (8) Castoriadis, C., "El descubrimiento de la imaginación", en *Los dominios del hombre*; Barcelona, Gedisa, 1998, Pág. 162.

## Bibliografía

- Aristóteles. *Tratado del Alma*. Madrid, Gredos, 1974.
- Castoriadis, C. *Los dominios del hombre*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- Castoriadis, C. *La institución imaginaria de la sociedad*, Vol. I y II, Bs. As., Tusquets, 1999.
- Castoriadis, C. *Hecho y por hacer*, Bs. As., Eudeba, 1998.
- Castoriadis, C. *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*, Bs. As., Nueva Visión, 1992.
- Freud, S. *La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis*, O. C., Vol. XI (1910) Bs. As., Amorrortu, 1998.
- Freud, S. *Pulsiones y destinos de pulsión*, O. C., Vol. XIV (1914-16), Bs. As., Amorrortu, 1998
- Freud, S. *La represión*, O. C., Vol. XIV (1914-16), Bs. As., Amorrortu, 1998
- Freud, S. *Más allá del principio del placer*, O. C. Vol. XVIII (1920-22), Bs. As., Amorrortu, 1998.

Merleau-Ponty, M. *Fenomenología de la percepción*, Bs. As., Fondo de Cultura Económica, 1957.

Laplanche, J. *La sublimación. Problemáticas II*, Bs. As., Amorrortu, 1987.

Klein, M. *Envidia y gratitud. y otros trabajos*, O. C., III, Bs. As., Paidós, 2001

Kant, I. *Crítica de la razón pura*, Bs. As., Porrúa, 1996.

Kojève, A. *La Dialéctica del Amo y del Esclavo en Hegel*, Bs. As., Ediciones Fausto, 1998.